

PERSONAJES

PEPITA JIMÉNEZ, ANTOÑONA, SEÑA FRASQUITA, MARIANELA, MARTA, MARÍA, SOTILEZA, FORTUNATA, LA GITANILLA

PEPITA y DON JUAN

## Pepita y Don Juan

Loa de los ilustres dramaturgos Don Serafín y Don Joaquín Álvarez Quintero en el primer centenario del nacimiento de Don Juan Valera

*Jardín en casa de Pepita Jiménez, embellecido por la luz de una tarde de Mayo. A la derecha del actor, sobre un pedestal adornado con flores, un busto de Don Juan Valera.*

*(Sale por la derecha Pepita; el jardín resplandece aún más a su presencia. La sigue Antoñona, su vieja y fiel criada)*

ANTOÑONA.—Pero, niña, ¿quieres sentarte? Vas a caer en cama con este trajín. Llevas un día de no sosegar un segundo.

PEPITA.—Descuida, Antoñona; no me sucede nada malo. Lejos de cansarme, este trajín, como tú le llamas, me sirve de deleite. ¿En qué cosa mejor podría emplear mis horas? Hoy veo logrado al fin el sueño que sabes que ha tiempo acariciaba, y me lisonjeo de poder ofrecerle en mi casa al mundo entero estos *Jardines de Don Juan*. ¡Día para mí de fiesta y de gala, Antoñona! ¡*Jardines de Don Juan!* ¡*Jardines de mi padre!*... ¡Con las más lindas flores de mi tierra andaluza había yo de corresponder a la gloria que él me conquistó! Estos jardines se verán constantemente lozanos y frescos, floridos y alegres, evocando así la nunca marchita juventud de aquel ingenio privilegiado. La primavera, deseosa de ir delante de todos para rendirle su homenaje, ya embalsama el aire con olores de azahar, de rosas y de claveles; el estío traerá su albahaca, sus geranios y sus blancos jazmines, estrellas fragantes que derrama el sol sobre la tierra; el otoño vestirá de oro de infinitos matices estos árboles, con envidia del oro que ya asomará en el sabroso fruto de los verdes naranjos; el invierno frío esconderá en cien rincones ocultos sus modestas violetas, que dondequiera descubriremos nosotras por su delicado perfume...

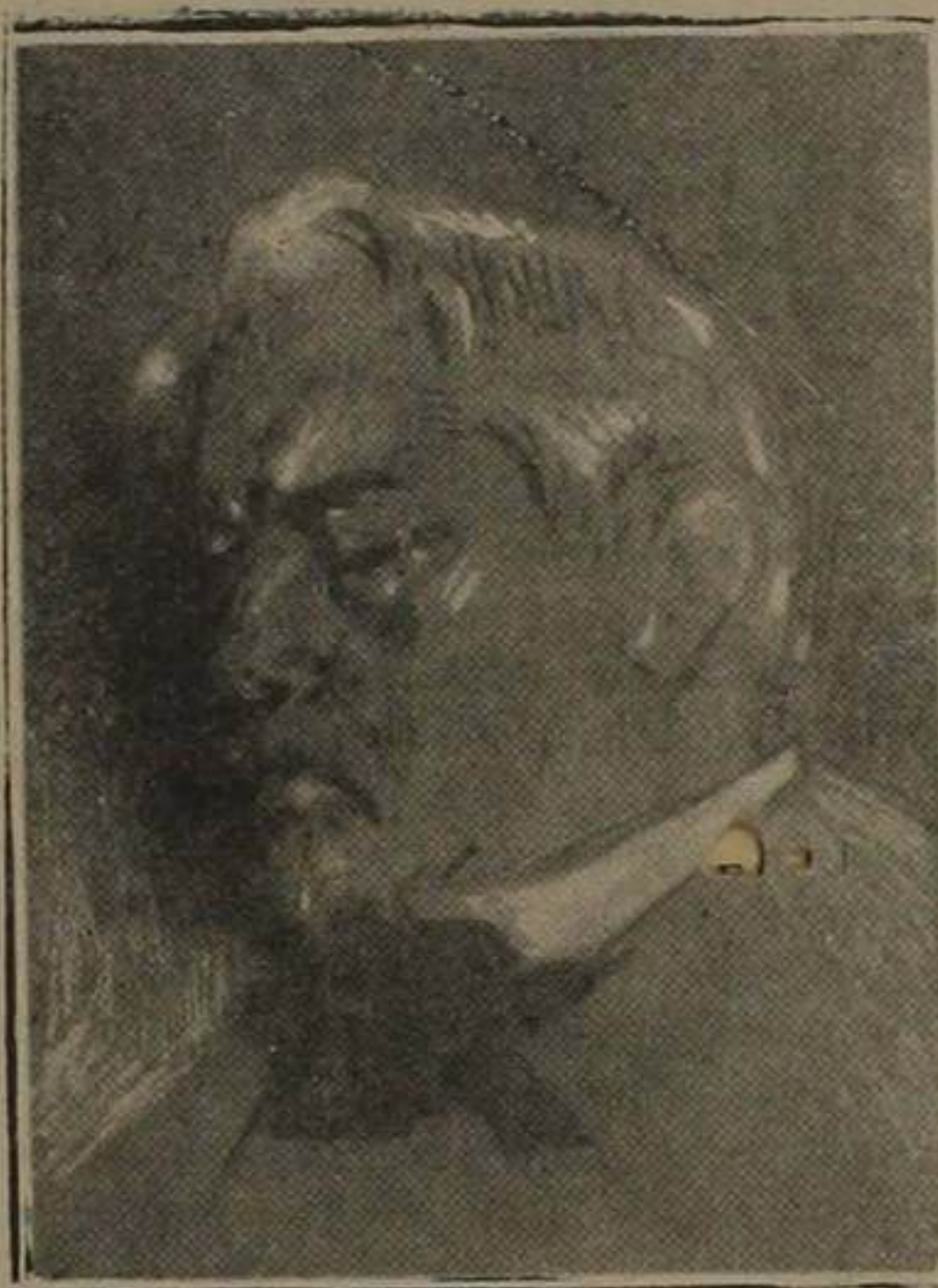
ANTOÑONA.—Y entre todas las flores que nazcan aquí, siempre, niña mía, tú serás la de más alto valor y la más preciosa. Junto a tu boca, ¿qué valdrán geranios ni claveles? Junto a tus manos, negros parecerán nardos y jazmines. Junto a tu talle, ¿qué palmera habrá aquí que pueda ponerse?

PEPITA.—Calla, Antoñona, calla; no desvaríes, llevada del cariño que me profesas.

ANTOÑONA.—¿Desvaríos llamas a mis alabanzas? Pero ¿es que por ventura estoy sola en esos desvaríos? Pues Don Pedro de Vargas, con toda su fama y su vida de Don Juan Tenorio, bien que tiró su capa a tus pies para que pisases el terciopelo de sus vueltas; y su hijo Don Luis, que iba para cura, no tiró sino los manteos, loco de amor por tus ojos gachones... Conque no digas que desvaría Antoñona, porque sabe apreciar la sal y la gracia del mundo que Dios te ha dado.

PEPITA.—¿Quién llega?

ANTOÑONA.—¡Qué sé yo! ¡No es posible



Dn. Juan Valera

en los últimos tiempos de su vida

*(Apunte del natural por LORENZO COULLANT-VALERA).*

llevar la cuenta de todos los que acuden a festejarte! ¡Buena la has hecho con los dichosos *Jardines de Don Juan!* ¡Todo el mundo se cree con méritos y autoridad para entrar en ellos sin papeleta! ¡Dios nos libre de que venga otra tanja como la que ya vino! ¡Qué pelajes! ¡Gentes de todas las tierras desconocidas pienso yo que eran, porque en mis años nunca vi semejantes prójimos! ¡Y todos han de contar su cuento!

PEPITA.—Es natural que lo cuenten, mujer. El cuento de cada uno viene a ser la papeleta que tú echas de menos para entrar aquí. Ese cuento es el título en nombre del cual me honran y agasajan todos en este día solemne.

ANTOÑONA.—Pues prepárate a recibir a esta guapa moza que ya se acerca, y a oír el cuento que quiera contarte.

PEPITA.—Hermosa es, en verdad. Risueño es su rostro, como la mañana de hoy.

*(Aparece por la izquierda la Señá Frasquita, o sea la Molinera de «El sombrero de tres picos». Trae un canastillo con flores).*

SEÑA FRASQUITA.—A la paz de Dios.

PEPITA.—Dios te guarde, buena mujer.

SEÑA FRASQUITA.—¿Eres tú Pepita Jiménez?

PEPITA.—Para servirte.

SEÑA FRASQUITA.—Muchas gracias por la cortesía; pero a servir quien está soy yo, máxime a señora tan principal y tan honrada.

PEPITA.—¿Quién te ha hablado de mí?

SEÑA FRASQUITA.—Las mil lenguas de la fama, señora.

PEPITA.—¿De dónde eres?

SEÑA FRASQUITA.—De tierras de Navarra.

ANTOÑONA.—¿Y vienes de allá? ¡Pues buen viaje te trae! A mí me va por el pensamiento que de Navarra a Andalucía hay muchas leguas de camino.

SEÑA FRASQUITA.—Sí las hay, sí, y las habría andado para llegar a estos jardines si hubiera sido menester. Pero ahora vengo de más cerca, porque desde que me casé vivo también en campos andaluces.

PEPITA.—¿Luego eres casada? Tu marido será, por cierto, tan real mozo como tú.

SEÑA FRASQUITA.—No, señora, que es más feo que Picio.

ANTOÑONA.—¡Animas benditas! ¡La suerte de los feos!...

PEPITA.—No lo será tanto como ella dice.

SEÑA FRASQUITA.—Le da un susto al miedo. Y es también jorobado, de añadidura.

PEPITA.—Entonces le quisiste por lástima.

SEÑA FRASQUITA.—¡Eso, nunca! Por su bondad y su natural despejo y su donaire lo quise. ¡Vale muchos dineros mi Lucas!

PEPITA.—¿Tú Lucas? Pues por tal nombre y las señas de su persona que me das, mucho me engaño si no eres tú la Molinera.

SEÑA FRASQUITA.—¡La Molinera soy! ¿Me conoces?

PEPITA.—¿No he de conocerte, si tu historia y la mía corren juntas? A la vez que se supo que Pepita Jiménez se había prendado de don Luis de Vargas, el seminarista, anduvo en lenguas el ridículo enamoramiento del corregidor de *El sombrero de tres picos*.

SEÑA FRASQUITA.—Pues otras amigas que nacieron como tú y como yo por aquel entonces vienen también de camino hacia acá a regalarte. Yo te traigo estas flores extrañas. Ya sabes que mi marido es muy habilidoso y hace prodigios. Ahora mismo ha logrado que un loro, contemplando un reloj de sol, dé la hora a gritos puntualmente, según el sol la marca. Es digno de oírle.

ANTOÑONA.—¡Jesús! ¡Ruede la bola!

SEÑA FRASQUITA.—Si lo quiere ver, señora Antoñona, vaya a mi molino, y de paso la convidaré con unos racimos de aquellas ricas uvas. Pero con todo, la habilidad mejor de mi Lucas la tiene como floricultor. De los ejemplares más curiosos que ha conseguido te traigo una muestra. Miralos.

PEPITA.—Dios te pague el valioso presente, vuelca el canastillo al pie del busto de mi padre y reúnanse tus caprichosas flores a todas las demás que ya he recibido.

*(La Señá Frasquita obedece y queda junto al busto).*

ANTOÑONA *(viendo venir a Marianela)*.— ¡Ave María! ¡Mira que andrajosa se cuele ahora! ¡Vamos a tener que cerrar!

PEPITA.—Sería doble trabajo el tuyo, Antoñona, porque tendrías que abrir a todo el que llegase.

ANTOÑONA.—Pues, por Dios, niña, no te arrimes a esta chiquilla, que va a llenarte de miseria.

MARIANELA *(que ha avanzado humildemente hacia Pepita con unas florecillas silvestres)*